

una chispa de genio que distingue del vulgo; nadie se dirige á lo metafísico, satisfechos todos con lo vulgar, habiéndose proclamado que en literatura basta agrandar y conmovier. Siendo la política el pensamiento universal de nuestro siglo, como la religión lo fué del siglo XVI, se confunde con frecuencia la cuestión política con la literaria, y así como se ha proclamado la libertad en política, de la misma manera se ha pretendido establecerla en el arte, lo cual dispensa de estudiar la teoría de la belleza pura (1). Pero libertad en esto como en todo no existe sino en el orden, el cual es el gusto del genio, como la regularidad es el gusto de las medianías.

Habiéndose introducido en la literatura el genio mecánico, así como en la pintura y en la música, han desaparecido la gracia sencilla y la escrupulosa delicadeza del arte, ante las bajas prácticas del oficio y ante los métodos mercantiles de confeccionar y vender libros; libros que mueren con el año que los vio nacer. La medianía marcha altanera por el camino trillado, llevada en hombros de la ignorancia que aplaude en ella su propia pequeñez, y llama triunfo al silbido que sale de la chusma. Poquísimos conocen el enlace de lo natural con lo ideal, de la sencillez con la nobleza, del genio que crea con el gusto que conserva; por eso son tan escasas las obras que se libran de la indiferencia del siglo. Renegando del carácter nacional, se traduce y se copia, y puestas en actividad las musas, se anhela el aura popular como un motor de las máquinas de ganancia. Se rehuye cada vez más el emprender obras que exijan años de trabajo en el autor y atención en el lector; se comienza sin saber adónde se llegará; se promete sin cumplir, y así tantas obras se quedan incompletas (2); al terminar el libro, publicado á cada cuerda, se adoptan convicciones diversas de las que se tenían cuando se comenzó, y crece la fecundidad de los abortos que los padres mismos desprecian, y que sin embargo ofrecen al público con temeraria é indecorosa negligencia, revelando en esto una de las mayores plagas de nuestra época, á saber: el orgullo y el desprecio del sentido común. Muchos, por presumir de gusto clásico, detestan las innovaciones, sin recordar que en las lenguas y en el sentimiento estético, las revoluciones no dependen de la voluntad de los escritores. Tampoco tienen presente esta verdad aquellos á quienes el prurito de ser originales lanza á lo paradójico y á lo extravagante, haciéndoles tomar lo informe por lo colosal, lo extraño por nuevo, el defecto por sistema.

Otros han creído que la innovación consiste

(1) « L'auteur n'est de ceux qui reconnaissent á la critique le droit de questionner le poète sur sa fantaisie, et de lui demander pourquoi il a choisi tel sujet, broyé telle couleur, cueilli á tel arbre, puisé á telle source. » *Hugo*.

(2) Entre las mejores citarémos muchas de Monti, y las lecciones de Fauriel, de Villemain, de Guizot, etc.

en la forma de las ideas, no en las ideas mismas, en la verdad histórica más que en la verdad moral, culpa de la educación miserable que han tenido, dirigida siempre por exterioridades. Estos, cambiando de uniforme, aunque bajo la misma bandera, han sustituido á las formas de escuela otras formas, no deducidas del sentimiento propio y de las creencias comunes, sino estereotipadas, como expresión de conceptos mal determinados; presumiendo hacerse innovadores con resucitar creencias, no solo muertas sino silbadas, con la magia, los gnomos y los espectros, ó describiendo la edad media sin la fe que la animaba. ¡Cuántos dramas, cristianos en su argumento, libres en su testura, solo tienen en el fondo estoicismo y fatalidad; faltándoles aquella lucha del bien y del mal, aquella fusión de colores, aquel conflicto de principios, aquella energía que no excluye la ternura, aquel pecado que se rescata con la elevada aspiración! ¡Cuántas novelas hay que pintan la vida de uno solo ó de pocos, los accidentes, no la verdad constante, una sociedad pequeña, creencias personales, en vez de dar lecciones de virtud acompañadas de suaves emociones! Conoció el poder de la naturaleza, se ha pretendido con los libros llegar á sentirla, sin haber experimentado con el siglo los grandes placeres ni los grandes tormentos, los cuales para las almas vigorosas son como las encumbradas montañas de donde nacen todos los raudales de la vida. En la poesía lírica, con palabras nuevas y con menores pretensiones, se ha expresado el mismo género de afectos; los mejores poetas han cantado á la patria en vez del amor, pero con el espíritu de ira y de sangrienta venganza. Sin embargo, la poesía lírica exige convicciones profundas y creencias comunes, y como por el contrario la duda corroe los corazones y la razón individual induce á la anarquía á las almas enérgicas, los escritores maldicen ó se burlan según que la naturaleza y los primeros sucesos los han dispuesto á mirar la vida como tragedia ó como comedia. Por tanto predominan la sátira y la elegía, composiciones propias de tiempos en que el ejercicio del pensamiento ha llegado á ser tormento y pasión. Pero elegías y sátiras se alimentan de negligentes lágrimas, de generosidad trivial y de doctrinas políticas teóricamente frías y prácticamente peligrosas; sin conocer que la aspiración á mejoras cada vez más perfectas, á aquella verdad que se dice aun desconocida, pero en cuya existencia se cree y de la cual nadie se burla, aun cuando dude de ella, es la fuente más copiosa de inspiraciones líricas porque participa del infinito; sin comprender por último que el mayor premio para un autor es haber despertado una chispa de amor en los corazones. Otros, por el contrario, abusando de esto, se desvanecen en el misticismo y en el panteísmo: sentimientos que jamás podrán ser universales porque repugnan al sentido común.

Cierto que el aspecto de la decadencia humana

causa melancolía; pero ahora se quiere acumular dolores sobre dolores; si antes se jugueteaba con aquella rosada poesía, que á lo menos, como dice una mujer ilustre, era la posesión momentánea de cuanto el alma desea, ahora se ostenta lujo de padecimientos, y agotadas las fuentes de lo patético, se va á buscarlo en situaciones violentas, y para producir emociones dilacerantes, se acude á las heces del pecado y al pie de los patibulos. Estas interminables lamentaciones no son la rebelión sublime de Prometeo contra la tiranía de los inmortales, sino la consecuencia de aquella educación débil que no deja más que el pusilánime valor de lamentarse y declamar: son la debilidad, revelada por la preponderancia del pensamiento y de la palabra sobre la acción.

Hasta el sentimiento religioso se reviste ya del hábito monástico, ya de una jerga teosofística, prescindiendo de aquellos que han reproducido á Cristo y á los Santos bajo semblanzas materiales, no como revelaciones del enlace entre las cosas visibles y las invisibles, enlace que, mostrando la presencia y la acción continua de Dios, lleva á contemplar lo general y la idea antes que las relaciones individuales y el lado práctico. Acaso en ningún país la inspiración religiosa ha predominado tanto como en Italia en los dos libros que más ha conocido el mundo y más ha reenumerado el corazón; uno de miserias fingidas, otro de desventuras verdaderas. La conclusión de entrambos es *Perdonad*.

Quando el espíritu revolucionario destruye solamente y no crea, excita la sonrisa, no promueve el entusiasmo; cuando en la falta de creencias comunes no se busca la persuasión y el asentimiento, sino solo el desenojar, el adormecer, el deleitar; cuando con avidez industrial se aspira exclusivamente al lucro, pocas esperanzas hay de ver aparecer una poesía verdadera. Sin embargo, esta no ha muerto, ni morirá mientras Dios no cambie las leyes del organismo humano, pues que la poesía es el elemento más íntimo de nuestra naturaleza. La infancia de las naciones, como la de los hombres, es toda sentimiento y fantasía; en ella la poesía siente, no reflexiona; es toda imágenes; toda individualismo: y como si fuera pequeño para su vuelo este mundo del cual no conoce más que una parte, se extiende por otro mundo de misterios y de prodigios fantásticos, y sin embargo, representado de un modo palpable. Al perder la ingenuidad de la infancia, cambia de estilo la poesía; adopta otras formas, otro lenguaje; pero no muere por eso. Hoy el poeta debe ser el órgano de las naciones, y como la columna de fuego en el desierto, caminar delante de los pueblos para señalar la senda que conduce á la tierra prometida del orden, de la moral y del honor. El buen gusto, que constituye una parte tan importante del buen sentido, repudia al fin las obras del vicio, y á pesar del absoluto desacuerdo de las teorías, todos convienen en cuanto al fondo de las ideas mo-

rales. Sobre estas, pues, debe apoyarse el que aspire á la universalidad; debe combatir la misantropía, la inercia, la indiferencia; pintar el vicio, sí, mas para hacerlo odioso; inculcar la generosidad, la abnegación, la caridad; no inspirar odio, sino benevolencia; no desaliento, sino actividad; rehabilitar el amor á pesar del egoísmo de la época; resucitar el entusiasmo en favor de la verdad y de la virtud, en este siglo en que los jóvenes al mismo tiempo que se lamentan de no poder hacer nada generoso, pretenden que nada generoso existe, y vigorizar el espíritu entre los vértigos producidos por los cálculos del interés, por la intolerancia de los partidos, por el predominio de la espada y de los gobiernos.

CAPÍTULO XXXIX

Ciencias históricas.

Al escribir la historia y al rechazar ó imitar las de nuestros predecesores hemos hablado tanto de ella que poco más nos queda que añadir. Aquella historia retórica, que es un tejido de frases, que aspira á producir efecto, que se pierde en descripciones prolijas, en arengas, en antítesis, no puede ya usurpar tal nombre, y ha quedado clasificada entre los frutos de la amena literatura, y abandonada del todo fuera de Italia. Al estilo dramático de los antiguos quiere substituir ahora la filosofía, y esta, las artes y las letras gustan de los hechos y conciben que no debe acomodárselos á las teorías, sino respetarlos, depurarlos y colocar cada acontecimiento y cada personaje en el puesto propio. El espectáculo de tantos acontecimientos, y el choque violento de las ideas, de las razas, de las clases, indujeron á conocer y á apreciar los hechos pasados, á abandonar aquel espíritu iracundo que condena todo lo que excede de su estrecha inteligencia, y á interpretar al mundo en vez de explicarlo por medio de quiméricas ilusiones. Se exigieron del historiador exámen, análisis, sinceridad; no que buscara en la historia armas y alusiones, no que pretendiera corregir á la Providencia, no que impusiera á épocas enteramente diversas fórmulas del todo semejantes, no que se contentara con las anécdotas como si la vida del género humano fuese un trabajo sin continuidad. Exigióse también que hiciera aplicaciones de lo pasado á lo presente y á lo porvenir, y que se conciliara la utopía con el empirismo aclarando las grandes cuestiones; persuadido el público de que muchos acontecimientos pueden referirse á pocas causas principales.

La historia en el siglo antecedente había engañado aun más que corrompido, y el pueblo, ignorándola, no pudo moderar con los frutos de la experiencia el ímpetu revolucionario que lo precipitaba hácia el porvenir entre ruinas y sangre. Despues, estudiándolas seria-

mente, descubrió que la libertad es cosa antigua, que solo el absolutismo es nuevo, y que únicamente son duraderas aquellas instituciones que se fundan sobre las antiguas, esto es, que nacen espontáneamente de la índole de los pueblos y por medio de evoluciones progresivas.

El que conozca que la historia vive de libertad, no extrañará que para las grandes empresas de la Revolución y de las magníficas hazañas de Napoleón faltasen dignos narradores en un siglo que se contentaba con las generalidades insulsas del precedente sin tener ya su cólera demoleadora. Lacroix, fiel á la escuela vieja, á la cual amaba, temía, elogiaba y vilipendiaba, en vez de tomarse el trabajo de examinar las fuentes y de procurar comprenderlas, no se cuidó de ellas y compuso una narración acompasada y á cuadros, que á veces rayaba en ampulosa. Este autor, lejos de penetrar en el fondo de la sociedad, se aficionó á la pompa exterior, á la sonora elegancia; conservando el tono sentimental y los reñecos de los enciclopedistas, no conoció el gran movimiento social ni la correspondencia de los gabinetes, y su estilo amanerado revela que no supo ó no quiso comparar los hechos. Con mayor estudio describió Michaud las Cruzadas; pero en su regularidad académica desfiguró los originales é hizo de ellas en la historia lo que el Tasso en el poema, suprimiendo los pormenores característicos y burlándose de una credulidad que, sin embargo, había puesto en movimiento al mundo entero. Sismondi disertaba con las ideas de su tiempo, si bien no se contaminó con el triste placer de quitar á la juventud la ilusión de las cosas magnánimas. Guinguené compuso, siguiendo á Tiraboschi, una historia literaria de Italia, y sustituyendo á las disputas cronológicas el análisis de libros, ó demasiado importantes para que este análisis fuese suficiente, ó demasiado inútiles para merecerlo, salpicó toda su obra de ciertos rasgos irreligiosos, y así formó la historia literaria que tanto se recomienda á la juventud italiana. Y es particular que los Franceses deban, y los Italianos quieran tomar la historia del país que está á la cabeza del Catolicismo de dos autores que no solamente fueron sus enemigos, sino que no lo comprendieron.

Habiendo continuado con la paz el curso de las tradiciones nacionales, la juventud, enemiga de la literatura ceremoniosa del antiguo gobierno, y de la deslavazada del Imperio, pensó en restituir á la historia como al drama la verdad, la vida, el movimiento, desterrando la uniformidad escolástica, los tipos de convención, la personalidad del autor, la mezcla y confusión de los hechos presentes entre sí. Dedicóse otra vez á observar los sucesos, los tiempos, el hombre, los países, y esto no solo en los libros, y creyó que la narración que mas se acercara á la verdad sería la que mejor llenase las condiciones del arte.

Entonces se emprendió otra vez con ménos

paciencia pero con inteligencia superior el trabajo de investigación de las antigüedades francesas, comenzado insigne por ociosos frailes y abandonado por fervorosos patriotas. En los primeros años de la Revolución (1791-1795), Brequigny, resto de los padres de San Mauro, publicó cinco tomos de documentos, en los cuales, discurriendo sobre los municipios y sobre el estado llano, mostró que había comprendido el problema de las libertades municipales de la edad media y la fusión de los restos romanos con las conquistas hechas por la nueva plebe insurgente; y si bien no reconoció estas conquistas sino en cuanto habían sido sancionadas por concesiones de los reyes, todavía logró abrir la senda para encontrar el origen del estado llano, y de un modo que habría agradado á los revolucionarios, si los libros hubieran podido entonces llamarles la atención ó bien hubiesen creído que se encontraba la libertad en los libros de los frailes. Alentado por él, quiso la señorita Lézardière dejar hablar los testigos (1); pero estos, truncados y compuestos, hablan á gusto del autor, la cual por otra parte suprime cuanto halla de hinchado y característico. Repudia todo resto de instituciones romanas, las cuales detesta hasta en Carlo Magno, y los Francos le parecen autores de una civilización nueva, cuyo elemento de libertad triunfa contra el despotismo imperial, que oprime y extermina á los Galos para regenerarlos.

Francisco Montlosier, en tiempo de los Borbones, publicó una *Historia de la Monarquía francesa*, en la cual tomó un término medio entre los sistemas de Montesquieu, Dubois, Mably y Boulainvilliers, negando la conquista en el siglo V, admitiéndola en el XII y censurando á los municipios y á los reyes por haber cercenado los derechos de la nobleza. Advirtió, pues, que el pueblo antiguo luchaba con el nuevo; pero tomando partido por los francos, es decir, por los nobles, favorecía el reflujo antirevolucionario.

Otros dieron soluciones opuestas de este problema presentando la Revolución como un conflicto entre vencedores y vencidos, conflicto en que los plebeyos se gloriaban de ser los antiguos vencidos porque eran los modernos vencedores. Agustín Thierry hizo aparecer la libertad, no por efecto de las concesiones de los reyes, sino por los esfuerzos de los artesanos que fundaron los municipios, y así vino á enlazar la generación presente con las generaciones anteriores é innominadas. Dedujo este pensamiento de dos hechos que representan una revolución idéntica: el establecimiento de las razas germánicas en la Galia, y el de los Normandos en Inglaterra; última conquista de los Bárbaros. La novedad de la idea, la veneración merecida que se profesaba á aquel ilustre doliente, que ha-

(1) *Théorie des lois politiques de la Monarchie française*, 1790-1792.

biendo perdido casi todos los sentidos, conservaba aun la obstinación de la voluntad, y por último el apoyo que en tal doctrina encontraba el liberalismo de moda, no permitieron observar si en este sistema se atribuía á las razas mas influencia de la que quizá ejercieron, ni echar de ver cuántas cuestiones dejaba sin resolución, y cuánta parte tenían en él las preocupaciones religiosas (1), y el odio á la constitución inglesa porque sobre ella parecía calcada la francesa.

Guizot empezó á escribir cuando todavía se tributaba incienso á los enciclopedistas, por cuya razón los respetó. Por lo demás, sin odio ni entusiasmo, aplicó la filosofía ecléctica y del sentido común á la historia, é investigando los hechos generales en aquella edad media donde no solía ver mas que confusión y desorden, distinguió en ella las causas de la composición y de la recomposición social, y echó de ver el influjo del régimen eclesiástico. Para Guizot la civilización es el desarrollo simultáneo del estado social y del estado intelectual en la íntima unión de las ideas y de los hechos. Hoy sobre estos se halla fundada la ciencia, la cual, ó sea el movimiento de las ideas, es el principio dominante de la civilización actual: tal es la teoría de los *doctrinarios*. Las lecciones de Guizot, aunque imperfectas, han contribuido á ensanchar los límites de los estudios históricos, y á demostrar que el hombre á impulsos de la fuerza y de las creencias aspira á llegar á un estado cada vez mas perfecto, donde tenga facultad para desarrollar su inteligencia, sus sentimientos morales y su actividad física.

Por desgracia, sin embargo, la historia ha debido tomar, como todo lo demás, el carácter de la improvisación y de la polémica, y las obras que mas eco han tenido en Francia son ó lecciones que se suponen inspiradas por el auditorio y copiadas por taquígrafos, ó cartas, ó artículos de periódicos; lo cual sirve para disculpar la irreflexión y las omisiones, pero quita aquella confianza que no puede fundarse sino en la meditación y en la laboriosidad. En Francia son poquitos los escritores que hay capaces de componer y ordenar una obra extensa, de abarcar un sistema, de sostenerlo en muchos volúmenes con interés y abundancia de elocución. Barante con la historia de los duques de Borgoña inició la escuela descriptiva, la cual es una innovación en la forma, no en la esencia, y muchos han abusado ya demasiado del estilo pintoresco. Otros se dedicaron á investigar los sucesos de los países extranjeros, como hicieron Villemain con la historia de Cromwell, Guizot con la de la Revolución de Inglaterra y Armando Carrel con la de la contrarrevolución inglesa, obra escrita con la robusta sencillez y el nervudo estilo de un soldado: todos, sin embargo, aludiendo á la Revolución

(1) Ejemplo palpable de esto es el asunto de Santo Tomas de Cantorbéry.

de Francia y á las faltas de la Restauración, cuya caída presagiaban.

Thiers, en la *Historia de la Revolución francesa*, fué el primero que dejó de blasfemar de ella, tendiendo á justificarla, haciendo ver en ella una especie de fatalidad, que es causa de que unos hechos emanen inevitablemente de otros, y de que los hombres ejecuten lo que les imponían el tiempo y las circunstancias; por manera que, arrastrados en el torbellino, perdían aquel libre albedrío que es la suprema dote de nuestra naturaleza. Por consiguiente, era menester derramar tanta sangre: quizá había culpa en ello, pero en este caso era la culpa de las cosas, mas bien que de algun individuo; y este cambio de juicios fué adoptado por la oposición, la cual de este modo se volvía hácia el siglo XVIII, y principió aquella reparación de excusa que debía convertirse en apoteosis, y hacer adorar los hechos en vez de sentido común y las leyes morales, y ser indulgente por todos los delitos: de donde resulta que se quedan perplejos los espíritus y flojos los ánimos (1).

Thiers ningun cuidado pasó por los gabinetes extranjeros, sino que meditó los discursos de tribuna, pintó con vivos colores los movimientos de las facciones, y describió con mas extensión las batallas; por manera que los jóvenes, que acudirán á aquellas vigorosas páginas (como lo harán por largo tiempo) para instruirse de los acontecimientos de aquella época, se pondrán á creer como principal lo que fué enteramente accidental, á saber, el movimiento guerrero. Su obra sobre el *Consulado y el Imperio* es cosa mas bien de ejercicios administrativos que de historia; además tiene por fin honrar la fuerza y justificar todas las acciones del héroe, dejando á un lado su antiguo concepto de la fatalidad y del suceso próspero, y preparando, sin quererlo, nuevos triunfos al arte de la guerra (2).

La *Historia de la Revolución* de Mignet, mas concisa é igual, no tiene otra que la eclipse mas que la de su amigo. La historia parlamentaria de la Revolución francesa de Buchez y Roux contiene la sustancia de aquellas insignes discusiones que versaron sobre las bases cardinales de la sociedad, y las examina bajo puntos de vista que el mundo todavía no ha aceptado, porque van mas allá del punto adonde ha llegado

(1) Á su cabeza está Luis Blanc.

(2) Su historia del *Consulado y el Imperio* es el panegírico de la fuerza y del buen éxito. Thiers penetra admirablemente y desenvuelve bajo todos aspectos el genio de Napoleón; pero no entiende la grandeza y la potencia del espíritu de tradición; no se mete ni en libertad, ni en nacionalidad; desconoce á la Justicia divina, no perdonando jamás á los vencidos, como si la causa vencedora fuese necesariamente la mejor; sigue los acontecimientos sin pronosticarlos ni dominarlos; cuenta con viveza, pero sin moralidad. Es difuso en describir las batallas. Y luego, á lo que había alcanzado la mitad de su empresa, llegó el nuevo Imperio, y él fué una de sus víctimas, lo cual le hizo mudar de modo de ver, ó se recogió al igual de lo que había conspirado por el triunfo de los napoleónicos divinizando al tronco del linaje.

el mundo en su progreso. El autor que se ha puesto á narrar aquellos sucesos con las ideas monárquicas, puede hacer cuenta de que ha predicado en desierto: es un crimen social querer divinizar el espectáculo mas abominable para el espíritu humano (como decia Chatham), á saber, la fuerza sin derecho, como sucedió últimamente en historias que humillan á la humanidad poniéndola ante las aras de Robespierre y de Danton. Á esto se dejó arrastrar por la sed y necesidad de aplausos Lamartine en los *Girondinos*, el cual, despues movido de la necesidad de dinero y de justificarse, se vió reducido á contar la Revolucion de 1848, *para honrar nuestra época á los ojos de la posteridad*, y donde siempre pone una frase que corrija la anterior, de manera que acaricie á todos los partidos (1). Absorbe y trasforma en armonía todas las grandes bullas, todas las declamaciones, y si no es eficaz para hacer el bien, tampoco impele al mal, pero falta al sentimiento público calificando de flojedades las fechorías sociales, y de héroes los verdugos.

La riqueza histórica de Francia consiste todavía en las Memorias, en que tan extraños son los sucesos y tantos los autores, y en que se nos presentan verdaderas, sino justas, vivas, sino nuevas impresiones. Las relativas á Napoleon, que publicadas en su mayor parte en los últimos años de la Revolucion, eran, como todo lo demas, una arma de oposicion al sistema existente, pintaron á su héroe por el lado mas favorable, pero tambien mas débil; porque queriendo contraponerlo á los Borbones, lo presentaron como hombre bondadoso, llano, ingenioso, en vez de presentarlo con la cualidad que constituía su grandeza, á saber, la voluntad inmutable (2). Las Memorias mas importantes vinieron de Santa Elena, aunque alteradas por estar dictadas y redactadas tan solo con arreglo á los recuerdos que el autor conservaba de los sucesos. Acaso se cometieron tambien en ellas errores voluntarios, y en los juicios varían unas de otras, porque cambiándose las circunstancias, cambiaba frecuentemente el blanco de las iras. Solo en las Memorias podrán los venideros buscar lo que ningun contemporáneo ha sido capaz de presentar, esto es, un medio siglo que tantas veces cambió de idolo y de nombre; una Monarquía que terminó en el patíbulo; otra que principió en la insurreccion de una

(1) « La Révolution avait fatigué la France et le monde de ses débats, de ses convulsions, de ses grandeurs et de ses crimes... La France était passionnée pour le despotisme d'un soldat de génie: je dis génie, mais je m'explique, etc.: » pág. 8. » Lamartine llama aquella Revolucion un « événement inattendu, dont personne n'est coupable, dont personne n'est innocent. »

(2) Schlosser comparó en Heidelberg las infinitas Memorias que se habian escrito acerca de Napoleon, poniendo reunidas las distintas narraciones sobre los mismos hechos, á fin de que un autor corrigiese al otro: método trabajosísimo que las mas veces no produce sino incertidumbre y desesperacion de encontrar la verdad. De este género es la obra de DESMAIRIS, *Etudes critiques des historiens de la Révolution française, ou histoire des historiens de cette Révolution.* — Paris, 1837.

ciudad por espacio de tres días y concluyó del mismo modo; una nacion coronada; tribunas levantadas y derribadas; esperanzas lanzadas del trono; un mismo patíbulo alzado para castigar tentativas opuestas; prosperidades nunca oídas é inauditas desventuras; poderes que se han derrocado mutuamente y que han sido condenados apenas establecidos; la República, el Imperio, la Restauracion, otra Revolucion, que apenas han tenido tiempo de proferir su nombre y pasar ante los ojos de la humanidad.

En estos últimos años se han publicado en Francia infinitas historias nacionales y extranjeras. Algunas de ellas han popularizado las laboriosas investigaciones de los Alemanes; otras se han hecho órgano de los partidos para morir con ellos; en muchas se encuentra una inexplicable ligereza al lado de una erudicion forzada y de felices rasgos de adivinacion, y en general se separan demasiado de la sobriedad, que es distintivo esencial de la historia, y se complacen en novelescas particularidades y en ímpetus pindáricos que fatigan el ánimo y disminuyen la confianza de los lectores. La *Historia de diez años* de Luis Blanc, libro que atrae por el amor que ostenta su autor al vulgo y por sus ideas socialistas, es una denigracion sistemática del gobierno creado por la Revolucion de 1830, mostrándolo con pertinaz calumnia tan inepto como perverso. Esta historia presenta los hechos contemporáneos como demostracion de algunos principios sociales, y se pone de parte de las pasiones á quienes dá la razon, como es fácil hacerlo cuando no se tiene que combatir con dificultades positivas. Lamartine, divinizando á los enemigos de la libertad, á los conculcadores de la dignidad humana, ha aspirado á miserables triunfos y á largos remordimientos. Las historias de los sucesos de 1848 no son mas que disculpas ó recriminaciones de cada autor. Montalembert con la *Vida de Santa Isabel* ha abierto un nuevo campo al cual muchos se han lanzado; pero hay pocos hombres capaces de interpretar la ingenuidad de las leyendas y de las santas tradiciones, de modo que la piedad se aproveche de ellas y el mundo no se escandalice.

Entre los literatos, mas que entre los historiadores, debemos clasificar al Piamontes Carlos Botta de San Jorge en el Canavese. Trafando este autor de la independencía de América, de la cual no conocia ni los hombres ni los sucesos, conservó un lenguaje digno, porque hablaba sin ira ni interes de partido, y porque, desconfiando todavía de sí propio, no se habia acostumbrado á decidir de todo magistralmente. Establecido en un país donde no tenía trabas la imprenta, escribió por inspiracion de los Borbones la historia de Italia desde el año de 1790 en adelante, y luego, siendo ya anciano, compuso en solos cuatro años la de tres siglos fecundísimos en acontecimientos, cada uno de los cuales exigia años enteros de investigaciones para ser bien descrito. Botta, seguro ya de su

Luis Blanc.

Botta, 1797-1837.

tama, hizo una compilacion retórica, escasa en cuanto á los hechos, y nada laudable en cuanto al lenguaje. En su opinion, la edad média es « una edad de locura y desorden, de crímenes escritos por frailes y castellanos ignorantes: tiempo miserable en que las promesas y las amenazas de la vida futura dirigian el movimiento de la máquina social. » Á este deplorable estado ponen en parte remedio los tres insignes varones que por aquel tiempo florecieron en Italia, y luego se difunde la luz, merced á la gran familia de los Médicis. Como vino precisamente de esta grandeza la esclavitud de Italia, no lo refiere Botta ni muestra comprenderlo; pero describió las miserables desventuras y los padecimientos indecorosos del país desde el año de 1534 en adelante. Irritado contra la arrogante arbitrariedad extranjera, aun en la de los Italianos no ve mas que bellaquería y ferocidad hasta que sucumben; desde cuyo instante se muestra para con ellos pródigo de compasion, de excusas y de elogios. Desconoce la única grandeza que ha quedado á Italia. Considera siempre á los papas como una epidemia que ha invadido el país; hablando del concilio de Trento usa de un estilo satírico como Sarpi, á quien copia, y en los frailes no ve mas que ociosos galopines ó astutos engañadores. Al fin los reyes, añade este autor, habian logrado poner á Italia en la senda de un progreso admirable, cuando sobreviene una horda de jacobinos mandados por un hombre de fortuna, que cometiendo yerros continuos gana todas las batallas. Botta, en efecto, no ve mas que bellaquería y ferocidad en toda la Revolucion; se encoloriza contra el voraz despotismo de aquella administracion militar y contra los necios imitadores de las locuras francesas, y sin embargo, consume en la descripcion de aquellos efímeros delirios la mayor parte de su obra: una fiesta de un día ó las manías de un exaltado le roban larguísimas páginas y pasa de largo sobre la creación de un reino, á pesar de ser un hecho maravilloso hasta para los enemigos (1). Apenas sabe que un ejército italiano combatió en Alemania, en España, en Italia y en Rusia; habla de Buonaparte con una cólera que parece desprecio, y sin embargo, Napoleon debia agradar á Botta, que no gustaba de los imperios privados de medios de gobierno, es decir, de aquellas constituciones de las cuales se muestra enemigo encarnizado hasta el punto de exclamar que *las asambleas nacionales son una epidemia*. Desprecia á la Italia á excepcion del Piamonte; desprecia á la Europa, á la cual llama *loca, feroz, miserable*, y no cree que haya país mas insensato que ella en el mundo (libro XXXII); desprecia á la humanidad; no tiene fe en la perfectibilidad, ni en la razon, ni en la compasion, y dice: « La raza humana conserva un instinto

(1) Coletta queria que los documentos del Estado de un pueblo fuesen, no las rebeliones, las guerras y las dominaciones, sino las leyes *dócilmente practicadas y convertidas en conciencia*. Historia, VIII.

» feroz, y el diablo la guía, y es locura querer » sembrar entre los hombres actuales semillas » saludables. »

De todo esto tendríamos que pedirle severísima cuenta, si viésemos en él aquella unidad de plan y de sentimiento que revela un autor grave, una intencion estudiada, una accion eficaz. Pero sus maldiciones y sus burlas no vienen á ser mas que un vicio de escuela; por esto se complace en la narracion de los acontecimientos extraordinarios y de los hechos horribles, como mas pintorescos, y por lo mismo no merece refutacion. *Se dilata donde encuentra materiales ya dispuestos*, describe bien las cosas exteriores, se extiende en la pintura de las marchas, batallas, terremotos y hambres, y sabe usar admirablemente de las comodísimas frases « el hado, la fortuna, re- » troceder hácia los principios. » Nadie habrá que desee aprender por su libro la historia de Italia; pero como siempre será recomendado por la belleza del estilo y la variedad de la frase, convendria advertir por medio de sucintas notas los errores de hecho en que incurrió y las opiniones en alto grado antiliberales que sostuvo, para que los lectores inexpertos no supongan escrita esta historia con amor á la verdad, con el estudio necesario para investigarla, con la crítica indispensable para distinguirla, y con la lealtad que se requiere para exponerla, y á fin tambien de que los que admiren la obra como composicion retórica no admitan como hechos ciertos tantas falsedades, tantas ligerezas, que á veces se convierten en preocupaciones (1).

Fuera de este grande escritor, la Italia pocos tributos pagó á la historia (2), y aun debemos admirarnos de que algo hiciera en este punto. La elocucion retórica lisonjeada por magníficos ejemplos pervitió á muchos ingenios que dieron flores donde se esperaban frutos. Un discurso de Manzoni sobre la historia lombarda introdujo entre los Italianos las ideas francesas acerca de la conquista y de las relaciones entre vencedores y vencidos. Otro, siguiendo este pensamiento, hizo estudios mas vastos; muchos se dedicaron á escribir historias municipales, pero pocos lo hicieron con novedad, y ninguno con

(1) Escipión Maffei, en el prólogo á la *Verona ilustrada*, en 1732 escribia: « El que toma en la mano alguna historia, » no para mejorarse á sí mismo, ni para promover el bien » público, ni para prever los peligros y los males que la Re- » volucion y las mudanzas de los tiempos y cosas humanas » pueden producir, ni para poner remedio á estos males, » aprovechando las segundas lecciones de la experiencia, sino » so'o por curiosidad, y por el placer que se encuentra en » la elegancia de las frases y en el estilo, renuncia á la utilidad » mas importante de la historia, no comprende su principal fin » y no viene á sacar mayor beneficio de la maestra de la vida » y de los gobiernos, que el que sacaria de ver un cuadro ó » de oír un trozo de música, es decir, un deleite pasajero y » casi infructuoso. » No es, pues, nuevo el delito de que nos han acusado nuestros maestros, es decir, el de haber buscado en las obras literarias algo mas que la fidelidad á los preceptos y el placer que proporciona la belleza.

(2) Los escritores que nos han parecido dignos, se encuentran citados y juzgados en el curso de este trabajo: sirva de advertencia para los que mas nos tachan de olvidadizos.